

DISCURSO DE PRESENTACIÓN DE LOS OBISPOS DE LA CEG

A SU SANTIDAD JUAN PABLO II DURANTE LA VISITA *AD LIMINA*

El Vaticano, 29 de mayo de 2001.

Beatísimo Padre:

Han pasado ya siete años desde el último encuentro que nosotros, los Obispos de Guatemala, tuvimos con su Santidad, en la última visita "Al Limina Apostolorum".

Hemos esperado con mucha ilusión este momento de nuestro reencuentro con el sucesor de Pedro, para compartirle, en el espíritu de la comunión y la solicitud por todas las Iglesias, nuestras alegrías, esperanzas y sufrimientos y recibir de su Santidad la iluminación y las orientaciones y que fortalezcan y animen nuestro ministerio episcopal.

En nombre de mis hermanos Obispos, agradecemos, en primer lugar, a nuestro Padre Celestial, que junto con el Hijo Amado y en el Espíritu, ha derramado sobre su Iglesia y el mundo toda su misericordia y gracias abundantes, de manera especial durante el tiempo de gracia que la Iglesia universal vivió en la preparación y realización del Gran Jubileo del año dos mil. También la Iglesia que peregrina en Guatemala ha recibido estos abundantes dones de la gracia y del amor infinito de Dios nuestro Padre.

Somos ahora herederos del tesoro inmenso que tal celebración nos ha legado para seguir nuestra peregrinación en el camino del tercer milenio del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Agradecemos a su Santidad el fecundo Pontificado realizado en estos años. Sólo Dios conoce el inmenso derroche de gracia que ha derramado sobre su Iglesia durante el año santo. A El sea dada toda gloria y todo honor por los siglos de los siglos.

Gracias, Santidad, por la reflexión teológica -pastoral- espiritual que ha ofrecido y sigue ofreciendo a la Iglesia Universal propiciando una fecunda renovación espiritual en continuidad con las admirables enseñanzas del Concilio Vaticano Segundo.

En medio de estos acontecimientos de gracia y llenos de gozo, también nosotros, entre sufrimientos, consuelos, alegría, tristezas, sombras y luces, preparamos y celebramos el Gran Jubileo despertando en nuestras Iglesia particulares, una mayor participación sacramental y logrando una maduración más efectiva de la fe y el compromiso. Sin embargo debemos reconocer, con toda honestidad, que enfrentamos una fuerte crisis en la práctica del sacramento de la Reconciliación y que todavía subsiste el divorcio entre la fe y la vida en muchísimos de nuestros fieles aunque paulatinamente se ha ido erradicando.

Quiero decirle, Beatísimo Padre, que después de treinta y seis años de guerra fratricida, en los que la familia sufrió el mayor impacto, la sociedad guatemalteca ha experimentado dramáticamente la

pérdida de valores humanos y cristianos. La violencia, el crimen organizado, el narcotráfico, la corrupción estatal y civil, impiden que alcancemos a vivir en la verdadera paz. A esto hay que añadir, en el campo de la convivencia civil, una democracia incipiente, en ciernes, con grandes sacrificios para que se consolide con un sistema de administración de la justicia deficiente fuertemente debilitado por las amenazas a los jueces y por los linchamientos, sin mencionar a los partidos políticos que no son escuela de civismo y que con promesas populistas engañan al pueblo, que ha esperado más responsabilidad, en la realización del bien común, es decir, un verdadero gobierno para el pueblo. El pueblo guatemalteco se ha visto frustrado por los engaños de la clase política perdiendo credibilidad en ella, con serias consecuencias para el establecimiento de un verdadero estado democrático. Como guatemaltecos y como Obispos nos duele ver a la patria en tan lamentable situación.

Se ha comenzado el juicio por el asesinato de nuestro hermano Obispo Juan Gerardi. La Iglesia ha pedido insistentemente que se aclare este asesinato, por dos razones fundamentales: una, para que se erradique de una vez para siempre la impunidad que ha imperado en el país y dos: para conocer la verdad sobre este abominable crimen. Estamos convencidos de que sólo la verdad en la justicia nos hace vivir la verdadera libertad cristiana, fundamento imprescindible para una recta convivencia ciudadana y por ello estamos dispuestos a aceptar el veredicto final. Todavía subsiste el acoso y la persecución solapada contra la Iglesia. El asesinato de la Hermana Bárbara Ann Ford, quien trabajaba en la Diócesis de El Quiché en el área de la salud mental con las víctimas de la violencia fratricida que sufrió el país en la guerra de los treinta y seis años, es el otro suceso reciente. En medio de toda esta situación, nuestra voluntad es perdonar a todos los que causan sufrimiento a la Iglesia.

Santo Padre: quiero decirle, que uno de nuestros hermanos Obispos, Monseñor Fernando Gamalero, Obispo de Escuintla, está muy enfermo y recibiendo un tratamiento de quimioterapia que durará tres meses consecutivos en un hospital de Houston, Texas, USA. Me ha dado una carta para Su Santidad y me ha dicho que el ejemplo suyo, Santidad, es un ejemplo para su ministerio a pesar de la leucemia que padece. Lamentó profundamente no haberse encontrado con Su Santidad y acompañarnos a nosotros Obispos de Guatemala.

En medio de todo esto, nosotros, Obispos de Guatemala, nos unimos plenamente a su Santidad, para recorrer el camino del Tercer Milenio, poniendo toda nuestra fe en Cristo y en María Santísima, Madre de la Iglesia. Escuchamos las palabras del Señor a Pedro: "Duc in Altum" (Lc. 5,4) y confiando en la palabra del Señor (Lc. 5,6) con los frutos del Gran Jubileo como tesoro precioso, asumimos conscientemente las coordenadas que inspirarán el camino del Tercer Milenio:

1. En encuentro con Cristo Vivo, encuentro que transforma las vidas y cambia las conciencias, para ser testigos gozosos en la fe del Señor Resucitado (N MI.4)
2. La contemplación del rostro de Cristo: en nuestra historia, en nuestra Iglesia, en el rostro de tantos hombres y mujeres, jóvenes y niños que sufren y que lloran. Es la misteriosa presencia del Señor que nos dice sin cesar "Soy yo. No tengan miedo". (Jn. 6,20) "Yo estaré con ustedes hasta la consumación de los siglos" (Mt. 28,20). Lo contemplamos para confesarlo como Aquel que da sentido a nuestra historia, y luz en nuestro camino. Poniendo la mirada fija en El, en su rostro, nos lanzamos animosos a atravesar el mar de la historia en el Tercer Milenio.
3. El camino desde Cristo: es decir, la renovación de la vida cristiana, a nivel personal y en las comunidades encargadas a nuestra misión pastoral, en el nuevo camino ordinario,

acogiendo la llamada a la santidad como un compromiso que oriente toda nuestra vida y la vida de la Iglesia. Buscar hacer en todo la voluntad de Dios, para que nuestra vida llegue a la plenitud de la vida en Cristo. Somos conscientes que nuestra acción pastoral debe estar marcada por el signo de la santidad, como una opción fundamental. Así seremos colaboradores eficaces en el cumplimiento del designio salvífico de Dios.

4. Ser testigos del amor, como cumplimiento de un nuevo mandamiento vivificando nuestro plan global de pastoral con la vivencia de la comunión, esencia del misterio de la Iglesia. Ningún plan de pastoral será verdaderamente eficiente sin vivir entre nosotros la espiritualidad de la comunión.

Entendemos Santo Padre y así queremos vivirlo, que nuestro gran reto, en el que se juega el sentido definitivo de la vida y del ministerio Episcopal es la caridad. Lograr hacer vida de nuestras vidas en el amor a Dios y a nuestro prójimo. Así enfrentaremos con inmenso entusiasmo la Nueva Evangelización con el fervor del amor, respondiendo a dos retos muy importantes del Tercer Milenio:

a) El diálogo con el mundo y con la Iglesia misma.

b) **LA MISION:** este es el gran desafío de nuestras Iglesias particulares: ser verdaderamente Iglesias misioneras. Esto se logra cuando el encuentro con Jesucristo vivo se hace camino para la conversión, la comunión y la solidaridad.

Santo Padre: Esperamos con ansia el Segundo Congreso Misionero de América; Guatemala será la sede de dicho acontecimiento. Nos hemos comprometido a su preparación y celebración, y confiamos cosechar el fruto de una Iglesia misionera para América y el Mundo.

Esta iglesia que peregrina en Guatemala, te saluda, Santo Padre: una Iglesia que, a pesar de sus persecuciones, es una comunidad de fe en Cristo el Señor; una comunidad eucarística, una comunidad profundamente Mariana y con un amor profundo de veneración por el Sucesor de Pedro Vicario de Cristo, el Papa. Te pedimos, en la comunión episcopal y reconociendo en Tí al Sucesor de Pedro, que nos confirmes en la fe y bendigas con la bendición apostólica al pueblo de Dios que peregrina en Guatemala, para confirmarnos en la fe.